

y cuñado de Teodorico, rey de Italia, quien le cedió una porción de la Sicilia. Empleó el oro y las dignidades para seducir a los católicos, pero no pudiendo hacerles apostatar, desterró a sus obispos a Cerdeña y se apoderó de sus bienes. A su muerte, hizo jurar a su sucesor no conceder la paz a los anastasianos.

El sucesor fué Hilderico, hijo de Hunerico, y al perder a su padre, se refugió con su madre en Constantinopla, donde permaneció treinta y nueve años (523). Sobrino por la línea paterna del formidable Genserico, y por la materna, del emperador Valentiniano, íntimamente ligado a Justiniano, se mostró sabio y tolerante; creyéndose más obligado a observar las leyes de la justicia y de la humanidad que a guardar el juramento prestado a su antecesor, protegió a los católicos, restableció en sus diócesis a doscientos obispos, y se condujo en todo cual cumple a un príncipe clemente y moderado. No se lo perdonaron los arrianos, é hicieron circular la idea de que, descendiente degenerado de los reyes vándalos, tenía relaciones con la corte griega con detrimento de la nación. Tranóse la primera conjuración contra él por Amalafida, viuda de Trasimundo, y fué castigada con la muerte de aquella reina; pero una batalla que perdió contra los moros le hizo destronar y encerrar en un calabozo. Se le sustituyó con Gelimero, que tenía opinión de ser más valeroso y resuelto (530).

Guerra vándalica.—Conmovido Justiniano de ver a un rey prisionero, del cual era particular amigo y que tenía su misma creencia religiosa, se resolvió a abrazar la causa de Hilderico, y a ejercer el derecho de soberanía que a título de emperador se abrogaba sobre todos los Estados que habían dependido de Roma. Trató primero dos veces, por medio de sus embajadores, de inclinar el ánimo de Gelimero a que tratara a su cautivo con las consideraciones que reclamaba el parentesco, la clase y la edad del desgraciado príncipe. No pudiendo obtener nada, se preparó a la guerra (530) y confió su dirección a Belisario. La parte que aquel general había tomado en la represión del levantamiento de Constantinopla, y sobre todo las intrigas de Antonina, su mujer, le habían devuelto su antigua privanza. Hija de una cortesana del teatro y de un conductor de carros, amiga cómplice, tercera, y rival de Teodora, si Antonina ejercía sobre su débil marido una autoridad despótica y le deshonraba con su conducta, también sabía emplear en provecho de Bonifacio el favor de que gozaba con la emperatriz, y le acompañaba en sus expediciones.

A semejanza de los jefes de bandas en la Edad Media, Belisario tenía a sueldo un cuerpo de lanceros de a caballo, comprometidos a obedecerle bajo juramento, y aguerridos todos ellos por un largo ejercicio de las armas. Su ejército, compuesto de hérulos, de hunos, tracios é isaurios, en número de cinco mil ginetes y doble número de infantes,

fué embarcado en cincuenta bajeles y se dió a la vela para esta otra guerra púnica. Llevaba la flota veinte mil marinos reclutados en Egipto, en la Isauria y en la Cilicia. Dejó a Constantinopla después de recibir la bendición del patriarca, santificada, además, con la admisión en el navio almirante de un tal Teodosio, joven guerrero que Antonina acababa de sacar de pila, y que ella tomó bajo su protección, con un afecto superior al de madrina. Se pretende que Belisario inventó entonces las señales náuticas, lo cual impidió a la escuadra estraviarse, como había acontecido con las otras expediciones. Después de tres meses de navegación abordó a la playa africana (534). Si Gelimero la hubiera atacado en el mar, siendo muy superior como era por la fuerza y el número de sus buques, fácilmente hubiera aniquilado aquellas naves de transporte, pesadas y torpes en sus movimientos y los pequeños bergantines incapaces de resistir un ataque; pero ignorando el peligro, había enviado su escuadra a Cerdeña cuando se trataba de defender sus propios hogares. Pudo, pues, Belisario desembarcar sin peligro y establecer su campo. Tuvo gran cuidado en mantener la disciplina sin dejar de dar grandes ejemplos de rigor, lo cual le valió ser considerado por los africanos como un libertador; así fué que el mercado se vió provisto abundantemente de granos por los propietarios. Con respecto a los magistrados, permanecieron en su puesto y administraron en nombre de Justiniano; y el clero predicó en favor del emperador ortodoxo.

Habiéndole abierto sucesivamente sus puertas gran número de ciudades, marchó Belisario contra Grasa, capital de los reyes vándalos, a cincuenta millas de Cartago. Hubiera querido Gelimero hacer durar la guerra, hasta que su hermano Zanon volviese de Cerdeña; pero los vándalos en su primera invasión no habían dejado existente una ciudadela, ni un lienzo de muralla: eran en un principio en número de cincuenta mil combatientes, y se habían multiplicado hasta el punto de poder armar ciento cincuenta mil hombres; pero muchos de aquel número eran partidarios de Hilderico: así fué que cuando Gelimero le hizo degollar, se indignó el pueblo de tal manera, que sin oponer ningún obstáculo a Belisario, le recibió con alegría en Cartago (12).

Batalla de Tricameron.—Sin embargo Gelimero, que reclutaba partidarios y llamaba a su hermano, hizo una última tentativa. A la cabeza de un ejército, tal vez veinte veces más fuerte, atacó a los

(12) Hasta los historiadores más sensatos acogen las supersticiones más absurdas: nos hablan del monje Santiago, haciendo permanecer inmóviles a los bárbaros que querían dispararles flechas. Nos hablan de una profecía según cuyos términos G. debía arrojar a B. después B. espulsar a G., por alusión a Bonifacio rechazado por Genserico, y a Gelimero por Belisario.

romanos en Tricameron a poca distancia de Cartago; pero aquella batalla decidió el fin de la dominación vándala. La retirada de Gelimero fué seguida de la derrota de los suyos, y el libertinaje, la avaricia y la crueldad de los romanos, hallaron medio de cebarse en su campamento.

No descuidó nada Belisario para refrenar el furor de los soldados y para librar a los vencidos de inútiles crueldades. Protegió a los vándalos que se habían refugiado en las iglesias y los distribuyó en lugares donde no podían ni temer ni causar peligros: después de haber conquistado el Africa en tres meses, estableció sus cuarteles de invierno en Cartago, y obtuvo allí la sumisión de los vándalos restantes, como también la de las provincias que les habían obedecido, ya en tierra firme, ya en las islas. Los mismos príncipes de la Mauritania vinieron a rendirle homenaje y a pedirle, en señal de la investidura imperial, un cetro, una gorra ó un bonete adornado con hojas de plata, un manto blanco, una túnica corta y algunas cintas de oro.

Después de haber inmortalizado Justiniano aquellas victorias en el preámbulo de las *Pandectas*, mandó que fuera restablecida en Africa la jurisdicción de la Iglesia católica: proscribió a los arrianos y donatistas, convocando además un sínodo de doscientos diez y siete obispos: Tripoli, Leptis, Cirta (*Constantina*), Cesárea (*Argel*) y Cerdeña, recibieron duques con suficientes guarniciones para la defensa. Un prefecto del pretorio, de quien dependían siete provincias, fué nombrado para el Africa, en donde restableció el emperador el uso del derecho romano, concediendo a las familias desposeídas por los vándalos la facultad de reclamar sus bienes, aunque solamente hasta el tercer grado.

Seguido de algunos compañeros fieles a su desgracia, Gelimero se había retirado a las montañas de la Numidia, en donde fué cercado y reducido a las más crueles estrechuras por Fara, oficial de los hérulos. Habiéndole escrito este oficial compadeciéndose de él y animándole, Gelimero le envió a pedir un arpa, una esponja y un pan; siendo su intención, según decía, calmar su hambre con el último, humedecer con la segunda sus enfermos ojos y deplorar con el arpa el cambio de su fortuna.

Accedió Fara a su deseo, pero no disminuyó en nada su vigilancia, viéndose finalmente reducido Gelimero a entregarse a merced del vencedor. Fué llevado a Cartago, y cuando se le presentó a Belisario, soltó una estrepitosa carcajada, ya porque el infortunio hubiese alterado su razón, ó bien porque reflexionara sobre la vanidad de las grandezas humanas. Tampoco las del vencedor de Africa debían durar mucho; pues la envidia espantaba todas sus acciones y sus más insignificantes palabras, con el fin de despertar en Justiniano celosas sospechas, dándole a entender que su general, que estaba dotado de un raro valor, aspiraba

al trono de los vándalos. Si hubiera querido ocuparlo ¿quién se lo hubiera impedido? Pero aquel bizarro capitán no era más que un noble servidor, sin que jamás se apercibiera de que podía su espada hacer temblar la sagrada magestad del despota de Bizancio. Informado de los recelos del emperador, se embarca y retorna; su prontitud disipa las aprensiones de Justiniano, quien le concede el triunfo: honor que ningún general había obtenido después de Tiberio.

Triunfo de Belisario.—En la solemne procesion que se verificó desde el palacio de Belisario hasta el hipódromo, pasando por debajo de arcos de triunfo, erigidos de distancia en distancia, vió Constantinopla desplegarse a su vista las riquezas de que Genserico había despojado al mundo: armaduras, carros, tronos de oro y los vasos de las mesas reales. Un hebreo que reconoció entre estas últimas, las que habían sido robadas del templo de Jerusalem, exclamó que si aquellos vasos entraban en el palacio de Constantinopla, ó en cualquier otro lugar que aquel en que habían sido colocados por Salomón, sería un sacrilegio y un mal agüero. A consecuencia de un crimen semejante, según él decía, había tomado Genserico la capital del imperio, y los mismos vándalos habían caído. Sabedor Justiniano del hecho, volvió a enviar a Jerusalem aquellos ornamentos del templo, después de una peregrinación tan larga y tan llena de vicisitudes.

Renunciando Belisario a la pompa de la cuadruga, se mostró a pie a la cabeza de sus valientes, llegando al hipódromo en medio de universales aplausos; allí se inclinó delante de Teodora y de Justiniano; a quien cedía como monarca, una gloria que no había ganado. Siguió Gelimero la comitiva sin temblar, sin quejarse, repitiendo solamente de vez en cuando estas palabras de Salomón: «Vanidad de vanidades y todo vanidad.»

Entre la decadencia de otras virtudes, hay que notar cuán humano se había vuelto el espíritu público. Roma hubiera dado en espectáculo al pueblo la muerte del sucesor de Genserico y la lucha de sus compañeros contra las fieras; en la época de que tratamos, se nombró patricio al vencido, cediéndole un vasto territorio en la Galacia para que viviera en paz con su familia y amigos. Tomaron a su cargo Teodora y Justiniano la educación de las hijas de Hilderico. Los más valientes vándalos, repartidos en cinco escuadrones de caballería, sostuvieron en las guerras que se sucedieron la reputación de valor de que su nación gozaba: confundióse el resto con las poblaciones africanas, y aquel pueblo tan formidable en el siglo precedente, quedó borrado de la historia.

A causa de su pronto llamamiento, no le había sido posible a Belisario consolidar la posesión de la nueva provincia africana. No bien conocieron los moros de la Libia la decadencia de los vándalos, cuando abandonaron sus desiertos para establecerse en la Numidia y hasta en las costas: Belisario

sario los había contenido habiéndose llevado los hijos de sus jefes en rehenes. Pero apenas se había dado a la vela, cuando pudo ver las llamas con que devastaban la nueva provincia. El eunuco Salomon, á quien había dejado encargado del mando, los venció persiguiéndoles en sus más inaccesibles guaridas, y consiguiendo por este medio refrenarlos durante muchos años. Pero aquellas hordas, entonces como ahora el más terrible azote de toda civilización ingerida en el territorio africano, destruyeron bien pronto toda cultura y toda habitación fija; de tal modo, que á fines del reinado de Justiniano, lo que se llamaba provincia de Africa formaba apenas la tercera parte de la Italia.

Azote especial de aquella época fueron las incasantes revueltas de los donatistas y los robos del fisco; pues Justiniano, que libertaba á Africa é Italia, no para utilidad de estas, sino para que sirviesen de pasto á su ambición y á su avaricia, en cuanto recuperaba Belisario un país, lo extenuaba al estilo romano con impuestos y con reclamar los bienes que habían pertenecido antes al fisco, lo que significaba en Africa la mayor parte y la más feraz. De esto provenían murmullos, seguidos de sublevaciones, castigos y asesinatos, que acabaron de arrancar la civilización de aquellos países, donde por dos veces había prosperado.

También fueron avasalladas las islas del Mediterráneo por Belisario, pero la posesión de la Sicilia vino á dar motivo á una guerra con los godos (534-554), que valió á Belisario, como lo hemos dicho en otra parte, nuevos laureles y nueva ingratitud.

2.ª Guerra persa.—El haber Justiniano, sometido la Sicilia, el Africa y la Italia, hizo sombra á Cosroes Nuschirvan, y con tanto más motivo por haberle enviado aviso Vitiges, rey de los godos, y los principes armenios, de que Justiniano aspiraba á la dominación universal. Después de haber avasallado á las naciones unas tras otras, decían, caerá más formidable sobre Persia: era, pues, urgente prevenirle cuando se hallaba embarazado allende los mares y aprovecharse de la desgracia de Belisario, su más firme apoyo. No necesitó de más Cosroes; sin miramiento alguno á la paz perpetua, arma (540) bajo pretexto de castigar á los árabes sasánidas, quienes habían atacado al chái que Al-Mondar de Ira, tributario de la Persia, y penetrando en la Siria, toma y entra á sacó á Berea, Hierápolis y Dura. Al aspecto de una matrona maltratada por las calles, derramó lágrimas y maldijo á los autores de aquellos ultrajes, aunque sin estorbarlos. Vendió al obispo de Sergiópolis, mediante 200 libras de oro que le prometió, mil doscientos prisioneros; pero no bastando la virtuosa pobreza del santo varón á completar la suma generosamente ofrecida, le castigó el rey por ello. ¡Y Cosroes era sobrenombrado el Justo!

Destrucción de Antioquia.—Avanza sobre Antioquia precedido por el terror, escoltado por la devastación. Aquella ciudad se defende con más

teson del que podía esperar de sus afeminados moradores, pero la toma y la entrega al saqueo. Reservando para sí los vasos preciosos de la principal iglesia, envía á Persia las estatuas, los cuadros, los objetos raros y de estima: luego manda prender fuego á la ciudad, afectando deplorar su obstinación y su infortunio. De esta suerte pereció aquel *ojo de la Siria*, aquella *perla del Oriente*; y los pocos de sus hijos que le sobrevivieron, hubieron de llorarla sumidos en la servidumbre. Cosroes siguió el curso del Oronte durante el espacio de diez y ocho millas, hasta el punto donde desemboca en el Mediterráneo: se bañó en este mar y ofreció un sacrificio al sol: retrocediendo después fundó cerca de Ctesifonte una ciudad, que pobló de prisioneros.

Enriquecido y vengado halla ante Justiniano excusas, que hace valederas la victoria y le propone la paz, á condición de que los romanos le paguen de una vez 5,000 libras de oro, y además 500 cada año. Se compromete á renunciar á todo derecho sobre Dara, y á impedir que ningún bárbaro trasponga los Puertos Caspios para causar daño al imperio.

Aseguraban los diplomáticos de Justiniano, como verdaderos sofistas, que bastaba salvar el honor del imperio, declarando que no se trataba de sujetarse á un tributo; pero él comprendió que las circunstancias exigían otra cosa. Decidióse á hacer la guerra (542), y llamó á Belisario de Italia. Acelerando el general sus preparativos, penetra en el país enemigo con un ejército mal pagado, sin disciplina, y en cuyas filas había árabes de fidelidad dudosa: devasta la Asiria, pero sobreviniendo el verano y en pos las epidemias, tuvo necesidad de replegarse á las provincias del imperio.

Tentaba sobremanera á Cosroes la conquista de la Cólquide, porque una vez dueño de la embocadura del Fasis Aurato, hubiera podido sostener una escuadra para dominar el Euxino, las costas del Ponto y la Bitinia é inquietar de cerca á Constantinopla. Ya estaba en el país de los lacios, cuyos reyes se hallaban á la sazón bajo la tutela del emperador romano y recibían las insignias de la autoridad de su mano. Pero cuando Juan Tribus, caudillo de la guarnición romana, hubo levantado otro fuerte en la frontera de los iberos, concibieron recelo los lacios, se volvieron del lado del rey de Persia, quien espulsó á las tropas imperiales y puso guarniciones en aquel territorio.

Acudió Cosroes tan luego como supo la noticia de la invasión de Belisario, y encontrando que el enemigo se había ya retirado, penetró en su territorio y se encaminó hacia la Palestina. Pero Belisario maniobró con tal habilidad, que obligó á Cosroes á emprender la retirada y á abandonarle una victoria sin efusión de sangre, mas gloriosa que sus triunfos de Africa (543). No por esto dejaron los ociosos cortesanos de Constantinopla, de acusarle de haber dejado escapar al enemigo, hasta el extremo de ser reemplazado en el mando. De otra

manera pensaba Cosroes; porque tan pronto como se verificó el llamamiento de Belisario, renovó sus ataques, y vió á cuatro mil de los suyos poner en fuga á treinta mil adversarios, mal mandados por quince generales: habiendo entonces penetrado en la Mesopotamia, sitió á Edesa, y forzó á Justiniano á comprar la paz (545) mediante 2,000 libras de oro y el envío del famoso médico Tribuno.

3.ª Guerra persa.—Conociendo Cosroes que el cambio de dominación y el celo de los magos por introducir en la Cólquide el culto del fuego, dispondría á los lacios á pasarse á otra bandera, resolvió hacer asesinar á Gubases, su rey, y trasladar á Persia á los habitantes del país. Era su intención enviar allí colonias de persas y asegurarse de esta manera aquel paso cómodo para el Euxino. Habiendo penetrado Gubases este proyecto, reclamó el socorro de Justiniano (548), á quien el interés hizo olvidar la injuria recibida. Le envió ocho mil soldados, á los cuales se unieron los lacios para sitiar á Petra, plaza importante que acabaron por tomar y desmantelar.

En lugar de seguir el empuje de la fortuna, Justiniano, obstinado en recobrar la Italia, compró un armisticio de cinco años á Cosroes; pero para pagarle, sobrecargó de tal manera á sus súbditos con impuestos, que se manifestaron mas dispuestos á favorecer á las persas que á combatirlos. Desde el momento en que espiró la tregua (556), estos atacaron á Lácia, é hicieron huir á las tropas imperiales que en su despecho asesinaron cobardemente á Gubases. En fin, una sangrienta derrota redujo á Cosroes á la necesidad de pedir la paz: abandonó la Cólquide (562) por la suma de tres mil monedas de oro y permitió á los cristianos el libre ejercicio de su culto en la Persia.

Guerra con los visigodos.—Encontrábase entonces Justiniano, por la destrucción del poder de los ostrogodos, dueño de la Italia y de las islas. Habían permanecido los visigodos de España en la inacción durante el peligro de sus hermanos, y á la sazón reclamaban la asistencia de Justiniano para sostener á Atanagildo, quien disputaba á Agila la corona que había quedado vacante por la muerte de Teudisela. Aseguróle su posesión tranquila el patricio Liberio (554), y los griegos tuvieron en recompensa á Valencia y á la Bética Oriental. Sostuviéronse con trabajo hasta la época en que Leovigildo los echó de Córdoba (584), y Suifila de toda España (624).

Correrías de los bárbaros.—Los bárbaros no permanecían en reposo. Rechazados los ávares por los turcos hasta las orillas septentrionales del mar Negro, pidieron asilo al emperador (552). Acogiólos como una excelente defensa contra las tribus germánicas, eslavas y tártaras, que se movían sobre el Danubio. Cuando los godos vinieron á socorrer á sus hermanos de Italia, los gépidos ocuparon la Panonia, y el mejor espediente que encontró Justiniano fué escitar contra ellos á los longobardos y fomentar una larga guerra entre aque-

llos dos pueblos. Diseminados los esclavos por tribus numerosas en Polonia y Rusia, en cavernas, se atrevieron repetidas veces á invadir y se lanzaron á la Mesia y la Macedonia, y llegaron hasta la misma Grecia.

Más temibles aun los búlgaros, y habiéndose aliado con los eslavos, enviaron al través del helado Danubio á las dos tribus de los uturguros y de los cuturguros á asolar la Tracia con tanta ferocidad como valor. Estendieron la ruina y el pillage desde los alrededores de Constantinopla hasta la Jonia, destruyendo treinta y dos ciudades, entre las que se contaba Potidea, célebre por los combates de Filipo y la elocuencia de Demóstenes; llevándose allende el Danubio ciento veinte mil esclavos atados á los roncales de sus caballos. En otra escursión asolaron la Grecia y atravesaron el Helesponto. Vieron los emperadores en su miedosa inacción pasar aquel temible azote, del cual no estaban defendidos sino por la muralla que atravesaba el Quersoneso (13). Pero habiendo un temblor de tierra arruinado aquella fortificación, penetraron los búlgaros guiados por Zamergan á través de las ruinas y avanzaron sobre Constantinopla (559).

La inminencia del peligro hizo sacar á Belisario de la oscuridad en que estaba y á que se le había relegado desde que dejó de ser necesario; y él, siempre pronto á demostrar su valor, sin acordarse jamás de la injuria, tomando apresuradamente el mando de las escuelas de guardias y de los ciudadanos armados apresuradamente, derrotó á los búlgaros y los rechazó allende el Danubio. Para asegurar entonces Justiniano su tranquilidad por aquella parte, se comprometió á pagarles un tributo anual, bajo la condición de que defenderían el imperio contra los demás bárbaros.

Este gran general, que difunde un rayo luminoso sobre la lánguida agonía del imperio griego, adorado del ejército, sin ser odioso á los vencidos, respetado del enemigo, casto en su conducta, desinteresado como un caballero, secundado en sus empresas por su valor y fortuna, fué sin cesar blanco de la envidia de los cortesanos y juguete de una indigna mujer; ciego por su amor hacia ella, no veía sus infamias, y aquellos que se las revelaban eran desmentidos por las lágrimas y protestas de la culpada, siendo después severamente castigados. Si se atrevía Belisario á formular alguna queja, Antonina, por la mediación de Teodora, le hacia reemplazar en el mando en medio de sus victorias, siéndole necesario para volver á empuñar su espada apaciguar á aquella irritada mujer. Ella hizo, por sus intrigas, que se le llamase de Italia, haciendo por el mismo medio que se le

(13) Procopio dice que cada una de aquellas correrías, renovadas cada año del largo reinado de Justiniano, costaba doscientas mil vidas. Este es un débil bosquejo de sus exageraciones.

volviese á enviar. Muchas veces le acompañó, entregándose en el campamento á su licencia ordinaria, y reuniendo tesoros. No le siguió á Persia por permanecer en Constantinopla y recobrar uno de sus amantes. Instruidos su marido é hijo de esta vergonzosa conducta, piensan en fin vengarse, cuando ella se aparece de repente, disipa la tempestad y recupera su ascendiente sobre su marido, cuyo crédito mina al mismo tiempo para hacerle destituir nuevamente. A su llegada á Constantinopla acude Belisario á palacio, donde no tan solo es mal acogido de los soberanos, sino que reconoce en las maneras de aquella vergonzosa turba de cortesanos, que arregla su conducta segun el gusto de los principes, que tiene que temer alguna cosa peor. Torna aterrado á su casa, no sin volverse más de una vez por ver si es seguido. Después de una noche de insomnio vé llegar un pliego de la corte, y el vencedor de los godos, de los vándalos, de los búlgaros y de los persas, lee temblando estas palabras trazadas por Teodora: «Sabes cuanto me has ofendido, pero debo grandes obligaciones á tu mujer, y te perdono por consideraciones á ella. Débele, pues, tu vida, tu salvacion y tu fortuna, y que los hechos atestigüen tu reconocimiento.» Al leer esto Belisario, semejante al Marlborough del siglo pasado, se arroja á los pies de Antonina exclamando que le debe su salvacion y que quiere ser su fiel servidor: ella restablece su valimiento y hace que se le devuelva el mando: después el esclavo del emperador y de una mujer que se burlaba de él se convierte en un héroe, conquista reinos y se niega á recibir la corona que le fué ofrecida.

No por esto se libró de las sospechas de Justiniano, ni de las sugerencias de los malévolos que le presentaban como dispuesto á aprovecharse del favor popular. Cuando Belisario volvió victorioso de los búlgaros se le acriminó por la alegría de los ciudadanos á quienes acababa de salvar, alegría que fué la única pompa de sus triunfos. Sin siquiera darle gracias, le mandó el emperador retirarse á sus hogares. Habiendo poco después estallado una rebelion contra Justiniano, se supuso que Belisario habia tomado parte en ella, pues debia estar descontento: fué en su consecuencia despojado de su autoridad, honores y riquezas. No tardó en ponerse en claro la inocencia de un anciano que mal hubiera querido llevar á efecto á los setenta años lo que habia rehusado en lo mejor de su edad y de sus esperanzas.

Fin de Belisario.—Se le reintegró, pues, en sus propiedades, pero no sobrevivió más que ocho meses á esta reparacion (565). Después de su muerte, el fisco se apoderó de sus bienes, escepto de una parte que se dejó á Antonina, la cual la empleó en fundar un monasterio, donde se retiró á acabar sus dias.

Queriendo un escritor muy posterior encontrar en Belisario un nuevo ejemplo de los caprichos de la fortuna, dice que fué privado de la vista y reducido á mendigar un óbolo, vagando sin asilo entre

los pueblos á quienes su espada habia defendido ó espantado (14).

Cuanto más envejecia Justiniano más se manifestaba su debilidad natural; se verificaban rebeliones continuas entre la soldadesca, y conflictos entre los verdes y los azules, entre los herejes y los ortodoxos. A aquellos desórdenes se unieron desastres naturales: reprodujéronse los temblores de tierra casi anualmente, y uno de ellos hizo espermentar, por espacio de cuarenta dias, sacudimientos en Constantinopla (526): doscientas cincuenta mil personas perecieron, segun dicen, en el de Antioquia (15); y Berito fué sepultada.

Peste.—Una epidemia hizo grandes estragos (542): procedente del Egipto ó de la Etiopia, invadió la Palestina, después todas las comarcas de los alrededores, cebándose cruelmente sin distincion de tiempo, clima, estado ni edad; quedó triste memoria de ella por haber venido acompañada de exantemas particulares que los escritores llaman *variolas*, y que sobre todo se desarrollaban en los niños (16). Toda el Asia y el continente europeo tuvieron que sufrirla varias veces. Despobló este azote, en Italia, ciudades enteras hasta el punto de que no se encontraban sino perros por las calles y de que no se veia en el campo más que rebaños sin pastores (17). En 60 años la sufrió Antioquia cuatro veces. Empezaba el mal por poner colorados los ojos, por hinchar el rostro ó por una angina, ó por flojedad de cuerpo, y en seguida aparecian los bubones. Algunos de los enfermos eran atacados de un delirio espantoso; y otros conservaban su razon hasta el último momento. Se pretendió que en Roma se notaban manchas en

(14) Este cuento está apoyado en algunos versos de las *Quiéridas* de *Tzetze*, monje del siglo XII:

Ἐκπορα ἔθελον κρατῶν ἔβρα τῷ μιλίῳ.
Βελισάριον ὄβολον ὄστε τῷ στρατηλάτῃ.
Ὅν τῷ μὲν ἐδόξαεν, ἀποσφραγιστὸν δὲ φθόνος.

«Apoyado en una piedra miliar y con la gamella de madera en la mano decia. Dad un óbolo á Belisario, á quien la fortuna cubrió de gloria, y la envidia cegó.»

(15) En esta circunstancia y en otras del mismo genero, damos las cifras que encontramos sin salir garantias de ellas. Hasta los más jóvenes de mis lectores, deben acordarse de los millares de personas que perecieron, segun se dijo en París en las tres jornadas de 1830, y de los millones de personas estenuadas por el cólera, y cuanto ha tenido que rebajar después el cálculo de la evaluacion imaginaria. Los antiguos no tenian registros exactos de la poblacion como los modernos, quienes, sin embargo, están lejos de una exactitud matemática.

(16) ¿Seria acaso la viruela? Véase SPRENGEL, *Historia de la medicina*, sec. VI, c. 2. Hizo su intruccion en Francia de 565 á 568 y se encuentra mencionada otras veces aún en el curso de aquel siglo. En tiempo de la peste de Roma en 590, dice que el bostezo y el estornudo eran sintomas funestos. Se dice tambien que de aqui procede el uso de hacer la señal de la cruz sobre la boca que bosteza y decir, *Dios os salve* al que estornuda. Pero esto último se usaba ya entre los antiguos romanos.

(17) PABLO WARNEFRIDO, II, 4.

los vestidos y en las casas antes de que el mal apareciera. Los que fueron atacados de él en Constantinopla se creian perseguidos por fantasmas; cuando después aparecian los bubones pronto producian la gangrena y con ella la muerte en medio de terribles convulsiones. Por espacio de tres meses la epidemia se llevó de cuatro á diez mil personas diarias en esta capital. Como faltasen sepulturas, descubrieron las torres de las murallas, y después de haberlas llenado de cadáveres las volvieron á cerrar. Mas habiendo infestado el aire las exhalaciones, se cargaron aquellos restos humanos en barcos que fueron á arrojarlos á lo lejos en alta mar. Si se dá crédito al arbitrario y probablemente exagerado aserto de Procopio, cien millones de personas murieron de esta manera.

Muerte de Justiniano.—No se libró de la enfermedad Justiniano, pero una rigurosa dieta le salvó la vida. Una muerte repentina, aunque natural, le hirió después de un reinado de treinta y nueve años (561). Tanto en su carácter como en su gobierno, ofreció una mezcla de bien y de mal. De estatura mediana, ojos vivos, semblante alegre, cabellos escasos y barba cortada á la romana, se vestia á estilo de los bárbaros, comia y dormia poco para estar dispuesto á la lectura y al despacho de los negocios. Por confesion de su mismo violento destructor, era de fácil acceso, afable en su modo de responder, paciente en escuchar, y sabia refrenar las pasiones, que fácilmente arrastran á los que pueden lo que quieren. Si no mandó en persona sus ejércitos, tuvo la habilidad muy importante en un rey de elegir bien sus generales. Sospechó de sus más fieles servidores, y supo perdonar á quien maquinó en contra. Avido de toda clase de gloria, quiso ser poeta, arquitecto y músico, así como legista y teólogo. Aparentando favorecer las ciencias, persiguió á los filósofos; y cerrando la escuela de Atenas, interrumpió la *cadena de oro* de los neoplatónicos.

Indujole á esto la religion, por influjo de la cual, después de haber ascendido al trono, donó á las iglesias todos los bienes que habia tenido cuando particular, y fundó un monasterio en su misma casa; por la cuaresma observaba la abstinencia de un verdadero anacoreta, no comiendo sino cada tercer dia y únicamente yerbas silvestres con sal; vigiliaba y abstinencias que anotó y certificó en las *Novelas*; pero más devoto que sabio, se excedió hasta perseguir, no solo á los astrologos, blasfemos é impúdicos, sino tambien á los arrianos en Constantinopla, y á los montanistas en la Frigia; tal vez queria solamente que sus bienes fuesen devueltos al fisco. Algunos fingieron convertirse, otros se dieron muerte. Setenta mil idolatras se bautizaron en la Frigia, la Lidia y la Caria. El emperador proporcionó el dinero suficiente para construir noventa y seis iglesias á los neófitos y para proveerles de biblias, liturgias, vasos y telas de lino (18).

(18) TEOFANES, *Cron.*, p. 153.

Se precisó á los judios á que celebraran la Pascua el mismo dia que los cristianos; y habiéndose sublevado los samaritanos por no recibir el bautismo, se les dió muerte, ó fueron vendidos á los persas y á los indios.

Incorruptibles.—Después de haber perseguido á aquellos á quienes estraviaba la fe, el mismo Justiniano cayó en error. Refugiado Juliano de Haliarnaso, obispo monofosita, en Egipto, afirmó que el cuerpo de Jesucristo desde el momento de la concepcion, no habia estado sujeto á ninguna alteracion ni corrupcion. De aqui resultaron disensiones. A los que sostenian la opinion contraria se les llamó *estartolatrás*, ó adoradores de la corrupcion; y *fantasiastas* fué el nombre que se dió á los otros, que afirmaban que Cristo no habia padecido sino en la apariencia. Agitábase la cuestion hacia ya tiempo, cuando á Justiniano se le ocurrió pronunciarse en favor de los últimos y quiso obligar á sus súbditos á que creyesen en este sentido. San Nicolás, obispo de Tréveris le replicó escribiéndole que la Italia, el Africa, la Galia y la España, resonaban de anatemas contra su doctrina; pero él persistió en ella, entregándose á una intolerancia llena de orgullo y de prodigalidades desastrosas. Veremosle perseguidor de los pontifices y de los obispos.

Mucho le debieron las bellas artes, y el templo de Santa Sofia, es un monumento eterno de su magnificencia. Mandó construir otras veinte y cinco iglesias en Constantinopla y muchos acueductos. Asombra leer en Procopio la descripcion de todas las obras públicas ejecutadas de orden suya; el mismo autor añade que no hubo una sola ciudad de sus Estados donde no erigiera algun suntuoso edificio, ninguna provincia donde no reparara á alguna ciudad, alguna fortaleza ó castillo.

En la plaza delante de Santa Sofia, se elevaba la estatua del emperador á caballo, armado como Aquiles, sosteniendo un globo en su mano izquierda, con la derecha estendida hacia el Oriente y en ademan de amenazar á los persas. Pesaba siete mil libras, y para hacerla se habia fundido una de Teodosio y el plomo de un acueducto. El 29 de mayo de 1453, colocaron los turcos bajo los pies de aquel caballo, la cabeza del último representante del imperio: luego el coloso fué convertido en cañones, que amenazaban la civilizacion europea.

La seda.—Otra gloria pacífica señaló el reinado de Justiniano. Hasta entonces se habia sacado del país de los séres la seda, cuya naturaleza se ignoraba completamente, pues unos creian que era la pelusa de alguna planta, otros una tela de araña. Su comercio se hacia solamente por las caravanas de la India y de la Persia. Lo largo del viaje y el monopolio hacian las telas de seda tan costosas, que se vendian en Roma á peso de oro (19); ha-

(19) *Absit ut auro fila pensentur: libra enim auri tunc libra serici fuit.* VORISCO, in *Aurel.*

bia hecho de necesidad este género el lujo que había ido allí en aumento: deshilaban las mujeres los tejidos de las Indias para hacer otros tan sutiles que no ocultasen ninguno de sus encantos; y según el ejemplo dado por Heliogábalo hasta los hombres la usaban para sus vestidos.

De consiguiente, todos los años pasaba una enorme suma del imperio á Persia para ser trocada por seda, y de buen grado hubieran eludido los emperadores aquel tributo, especialmente cuando se hallaban en guerra contra los persas. Una casualidad les proporcionó el medio de lograrlo. Dos misioneros fueron llevados por su celo al país de los séres y observando allí todas las cosas como siempre lo hicieron sus semejantes, aprendieron

á conocer el insecto industrioso y los procedimientos empleados para utilizar la materia que suministraba. Habiendo sido informado de ello Justiniano fueron alentados á robar la simiente, y lo consiguieron con ayuda de una caña en que ocultaron cuantos les fué posible proporcionarse.

De aquí han nacido todos esos millares de gusanos de seda que después enriquecieron la Europa (20). Así introdujo este emperador en sus Estados un género de cultivo que debía tener mayor y más duradero influjo que sus conquistas y sus leyes.

(20) PROCOPIO, *De bello got.*, IV, 7.

CAPÍTULO IV

LOS CÓDIGOS ROMANOS.

Toda sociedad civil descansa en las combinaciones de los hechos morales, políticos y económicos; y siempre que alguno de estos elementos llega á alterarse de una manera profunda, fuerza es reformar el derecho. No es cierto que estos tres órdenes de hechos se modifiquen simultáneamente: á veces la revolución económica prepara la revolución política, otras es consecuencia de ella; de modo que el cambio exterior queda frecuentemente consumado, mientras que su evolución interior continúa todavía largo tiempo.

De aquí resulta que los códigos no pueden ser perfectos. Aunque el legislador comprenda que su deber es no retardar ni acelerar un movimiento social, sino dar testimonio del grado en que se encuentra, es muy difícil, si no imposible, adivinar lo que acontecerá luego y atender á las consecuencias desconocidas que surgirán de los principios triunfantes.

Al desorden económico pusieron remedio las XII Tablas, expresión notable de un derecho común á todas las edades que Vico llama heróicas, y testimonio de la lucha entre patricios y plebeyos; pero los cambios efectuados en la economía pública hicieron bien pronto inaplicables sus prescripciones. Después de Augusto tuvo principio una revolución moral; y desde entonces, considerándose las antiguas leyes como insuficientes, fué necesario reunir las, entresacarlas y acomodarlas á las nuevas necesidades.

La estabilidad de las familias patricias, semejante, aunque no igual, á la de las castas de Oriente, fué trastornada en Roma por la movilidad pe-lásgica de los plebeyos. Una y otra se fundieron en la constitución de una manera admirable, atemperándose mutuamente los derechos del Senado á los del pueblo, y decidiendo de la religión formas invariables. De este modo pudo permanecer Roma

por largo tiempo sin temer la anarquía, ni (cosa sorprendente en un pueblo guerrero) el despotismo militar.

El espíritu de orden, la sabia aunque severa inflexibilidad de los grandes, engendraron en Roma el *strictum jus*, derecho estricto, sordo, inexorable, inscrito en las XII Tablas como salvaguardia de la originalidad italiana. Pero cómo hubiera podido bastar aquel férreo derecho, nacido de la tradición sacerdotal y de las instituciones sociales peculiares á un pueblo restringido en fórmulas precisas según su propio carácter, cuando Roma hubiera recibido en su seno á tan gran número de extranjeros, ó enviado á sus hijos á gobernar á otras naciones? ¿Cómo hubiera podido bastar una vez que el *ager sacro* dejara de ser privilegio de los patricios y que se abrieran nuevas vías á la riqueza, á la gloria y á las magistraturas? Roma hubiera debido, de consiguiente, circunscribirse á más estrechos límites, ó abandonarse á una revolución violenta, si la habilidad flexible y progresiva de la democracia no hubiera introducido el sistema del *bonum y æquum*, el *arbitramento* de las leyes anuales, y un *derecho de extranjeros* administrado por un pretor particular. A más, la ley escrita moderaba por medio de la razón natural, derivada de los principios de la equidad.

Entendían por *equidad* el decreto natural, esto es, aquel fondo de ideas morales que todos los hombres reunidos en sociedad poseen, que sobrevive á toda corrupción, y que funda la constitución en la libertad, en la igualdad, en los sentimientos naturales, en las inspiraciones del sano juicio. El derecho estricto, por el contrario, era un conjunto de creaciones artificiales, arbitrarias, encaminadas á regularizar con representaciones materiales el alma humana, incapaz todavía de obedecer á la simple razón, haciéndola doblegarse á la autoridad,